

Palazuelos Madruga

LA PRIMERA novela de Juan-Agustín Palazuelos —*Según el Orden del Tiempo*— se abre con un epígrafe en griego, piadosamente traducido para esta época tan poco erudita. La segunda contiene, en cada una de sus dos partes, sendos epígrafes bastante más accesibles. Uno es de Nicanor Parra: "Sepa Moya quien hizo las estrellas", y otro de Enrique Beytía, alumno de tercera preparatoria del Liceo Alemán de Santiago: "Dios creo las estreyas, los arvoles, las plantas, el cielo, los paices, el primer hombre se llamó adan y la primera mujer se yamo eva. Díos quiere a los niños les da premio a los guenos y castigo en el infierno eterno pa-

ra los niños malitos. Dios es un ser infinitamente perfecto. Todas las noches ay que resar por Dios por todo lo que nos a dado. En aleman dios se yama got".

Hay dos epígrafes más, de extracción bíblica, pero éstos dan la tónica del cambio experimentado por Palazuelos entre su obra inicial y la que ahora aparece.

Para empezar, *Muy temprano para Santiago* (Zig-Zag) representa una aproximación más humana, podría decirse que más distendida, a la realidad. El protagonista de *Según el Orden del Tiempo* hablaba —o mejor: disparaba— desde una especie de agresiva torre de marfil. Su rebeldía contra el medio partía de un pedantesco desprecio hacia sus semejantes. Era profundamente antipático y parecía disfrutar con ello. El de *Muy Temprano...* es también un rebelde, tiene aún mucho de la suficiencia gratuita de su antecesor, pero se siente que siente. Que sufre. Que se incluye en su actitud crítica del género humano.

El libro mismo pretende comprender a la ciudad y sus habitantes, hurgar en ellos algún vestigio que los redima de su terrible pobreza anímica. Hay acusaciones, y son duras, violentas, pero el personaje central, que las lanza, lo hace desde el mismo lodo en que se encuentran sus acusados. Ya no se tra-

de tomar examen a la época desde un alto tribunal, sino de hacer un examen de conciencia en el cual se incluye a los demás.

La trama marcha por varios caminos paralelos, sin seguir en absoluto el orden del tiempo. A un paso del epílogo, la narración empieza con la misa de réquiem de una muchacha, salta hacia atrás y continúa avanzando y retrocediendo por múltiples hilos hasta llegar a mostrar el cuadro completo. Es un triste cuadro, hecho de frustraciones y desorientación: una juventud que se embriaga y se encama, habla trivialidades, huye de sí misma, se enfrenta sin comprensión posible con unos adultos esclerotizados por principios que declaman con energía, pero no saben vivir.

Al final del relato hay una nota de esperanza: es muy temprano para que Santiago se convierta en la "ciudad del mundo". El drama ha producido cierto acercamiento entre los dos extremos. Aunque la hendidura sea pequeña, no se ha cerrado la puerta. En esto hay cierta semejanza entre la obra de Palazuelos y algunas de María Elena Gertner —*Islas en la Ciudad*, por ejemplo—, y aun con *Novela de Navidad*, de Enrique Lafourcade. Son tres denuncias contra Santiago con una leve nota de optimismo final. ■

G. B.